



CARMELO ENCINAS,
periodista

✉ carmeloencinas@hotmail.com

🐦 @CarmeloEnc

Los acentos de la inteligencia artificial

LA nave enfilaba Júpiter como una bala en el espacio sideral. Una bala, sin atmósfera que le opusiera resistencia, en la que viajaban cinco tripulantes, tres de los cuales lo hacían en estado de hibernación, una suerte de animación suspendida. El viaje era largo y aburrido. Los dos astronautas que se mantenían activos afrontaban una monotonía atroz para la que habían sido debidamente entrenados. Comían, hacían algo de ejercicio, como los hámsteres en la noria de su jaula, y de cuando en cuando mantenían alguna charla con sus familiares y amigos de la tierra sobre asuntos intrascendentes, nunca nada que guardara relación con su misión.

En realidad, con quien más conversaban era con HAL 900 quien, por cierto, destacaba por su habilidad jugando al ajedrez. La voz de HAL, en un inglés académico, era grave y metálica; no pretendía ser autoritaria pero su seguridad y aparente eficiencia lograba transmitir a los viajeros ese rigor. HAL no era humano, se trataba de un super computador de última generación con ojos y oídos en toda la nave que gestionaba los aspectos técnicos de la misión.

Este relato tampoco sale enteramente de mi imaginación, lo que aquí les cuento surge del recuerdo de *2001: Una Odisea del Espacio*, la película que revolucionó en su día el género de ciencia ficción y que, con unos efectos especiales igualmente revolucionarios, trató de proyectar una idea de futuro sobre la evolución del hombre y la carrera espacial. Su director, Stanley Kubrick, autor también del guion basado en un cuento de Arthur Clarke, la estrenó en abril de 1968, cuando aún faltaba más de un año para que el norteamericano Neil Armstrong pusiera pie en la luna.

Han pasado casi dos décadas de la fecha en que Kubrick situaba la acción de sus viajeros del espacio y es obvio que no se ha avanzado tanto como auguraba su relato, lo que no le resta un solo gramo de mérito a la cinta. Ni hay una base subterránea en la Luna, ni las naves de ahora son tan sofisticadas como él imaginó para el arranque del tercer milenio, ni la tecnología de hibernación nos permite ir mucho más allá de congelar un filete en la nevera para comérselo con plenas garantías de salubridad. En lo que sí acertó la visión de aquel guion cinematográfico en tiempo y casi en forma fue en el papel de HAL 900, la computadora parlante que facilitaba la vida a los astronautas.

A cualquier usuario corriente de los modernos dispositivos electrónicos, la voz de HAL le recordará a SIRI, Alexa, Cortana o cualquier otro asistente virtual de voz

ideados por las plataformas digitales y que, poco a poco, van sustituyendo a los teclados a la hora de reclamar información a internet u ordenar el cierre de puertas o el encendido de luces en una casa. La inteligencia artificial que lo hacía posible en la ficción de *2001: Una Odisea en el Espacio* es ya realidad en una vivienda domótica con bombillas, cerraduras y elementos electrónicos capaces de automatizar la casa y gobernarla con un simple impulso de voz. Los comandos parlantes son pues un hecho medio siglo después de la visión de Kubrick pero aún queda mucho por hacer en lo relativo a la capacidad de esta tecnología a la hora de interpretar los contextos, los tonos y los acentos de quienes emiten una orden o hacen preguntas.

Tengo un amigo gaditano con un acento tan cerrado que cuando le llevaron a urgencias por una reacción alérgica el médico, tan hispano parlante como él, pidió un intérprete para lograr entender lo que decía. No quiero imaginar cómo pueden ser sus conversaciones con los asistentes de voz del móvil o cualquiera de las operadoras virtuales que emplean las empresas de servicios.

En nuestro país, la variedad de dialectos, acentos y modismos del lenguaje es tan variada que se impone el uso de comandos de voz muy precisos y, desde luego, no pretender que los contestadores finjan una naturalidad en la conversación que termina resultando desesperante para el interlocutor de carne y hueso.

Otro tanto puede decirse de los países de habla hispana cada cual con un acento propio y toda suerte de modismos, vocablos y tonos de expresión autóctonos que complican las entendederas de la inteligencia artificial. Es obvio que el hecho de que los grandes avances en la tecnología digital hablen en inglés dificulta aún más el entendimiento con las máquinas para los hispano hablantes. El que la inmensa mayoría de los ensayos e investigaciones que tienen que ver con la inteligencia artificial sean en el idioma de Shakespeare y no en el de Cervantes determina el que los asistentes virtuales tengan en el inglés su lengua natural y que el castellano sea una aprendida.

Lo deseable sería convertir nuestra lengua en un impulsor de la tecnología en este ámbito de la ciencia introduciendo datos y creando algoritmos en español. Un idioma que hablan casi 600 millones de habitantes y cuya implantación e interés por su aprendizaje crece de forma exponencial.

Situarse a la vanguardia de la inteligencia artificial es de una importancia estratégica, aunque confío que los robots nunca lleguen a gestionar nuestra existencia hasta el punto de gobernarla. Según escribía estas líneas, recordé que los astronautas de la película de Kubrick, poco antes de concluir su misión, tuvieron que enfrentarse a HAL 900 porque éste tomaba sus propias decisiones. Tanto fue así que el super computador de marras terminó por cargarse a cuatro de los cinco tripulantes de la nave, y no acabó con el quinto porque al final, felizmente, el hombre resultó ser más astuto que la máquina. Menos mal.

«Lo deseable sería convertir nuestra lengua en un impulsor de la tecnología introduciendo datos y creando algoritmos en español»

‘El móvil en la nevera’

